

Un crimen de estado

Víctor Claudín

Otra gota de sangre se despistó por el borde de la sábana hasta chocar contra el suelo, rompiéndose en una mancha rotundamente roja. Se había desprendido de un enorme borrón que correspondía a la herida mortal provocada por una bala que entró y salió del cuerpo del joven, atravesando a su paso el ventrículo izquierdo.

Al cocker spaniel le gustó el sabor cuando lamió el pequeño charco en el que continuaban reuniéndose más gotas. Incluso, siguiendo el rastro, alcanzó el manantial, del que procuró dar buena cuenta. Además del carácter dulzón, aquel regalo tenía para el animal el condimento de ser bastante familiar; es lo que sucede cuando la víctima es el dueño.

El potente rayo de sol que entraba torrencial por la ventana abierta no tardaría en resecar aquella humedad pegajosa que empapaba la sábana.

No tenía que haber muerto. No tan pronto. No por la razón que empujó la bala. Nadie humano debía haber creado aquella víctima.

Imagine tenía veintisiete años, era una persona linda, a lo que sumaba un carácter abierto, una simpatía congénita y una dulzura envolvente. Un bombón de crío para disfrutar despacio, tanto de su presencia como de su conversación, y de su cuerpo. Sus enemigos fueron creciendo desde la juventud por el rencor de no poseerle o por la envidia patológica porque existiera, incluso por ambas razones simultáneamente. Que llegó a ser odio cuando se emparejó con la mujer más bella de todos los tiempos: Elia, argelina.

Ahora estaba muerto, con el corazón roto por una línea marcada con plomo.

La cama estaba revuelta, pero no parecía haberla usado Imagine en los momentos previos a su muerte. Daba la impresión de estar sentado cuando ocurrió. Tampoco el apartamento ofrecía demasiadas posibilidades de

acomodarse. Prueba de que no había usado la cama es que no estaba deshecha. Imagine llevaba el torso desnudo y la camisa estaba lanzada como una pelota en un rincón del cuarto, pero conservaba los pantalones y hasta los zapatos. A primera vista a Robledo le resultó imposible deducir si el artífice de aquel homicidio había sido hombre o mujer. A lo más, que tenía un alto grado de confianza con la víctima. Cualquier amigo o amiga, cualquier familiar. Poca cosa para empezar. Pudo haber ocurrido que estaban hablando y que, en un momento dado, la otra persona había sacado el arma y había disparado. Seguramente el ángulo de entrada de la bala confirmaría ese extremo.

En la página 7 del informe que estaba acabando de redactar de un caso anterior, había un mosquito muerto, el inspector Robledo lo acababa de despanzurrar con un dedo. Limpió como pudo la mancha de sangre y rastro de élitros, lo archivó y se acercó la carpeta del asesinato de Imagine. Entonces el comisario comenzó a fabricar hipótesis: para eso le pagaban, además de ser un trabajo que le gustaba, el que había elegido. Tenía lo que había detallado el forense (poca cosa, que era tal, que había muerto y tal), los datos sobre quién era la víctima y sus relaciones (suficiente), todo preparado por sus ayudantes; faltaban las declaraciones de los distintos sujetos. Además de la puesta en marcha de la sabiduría que le proporcionaban los veintitantos años de experiencia.

Tenía que investigar, porque no sucedía que alguien llegara a la comisaría a narrar cómo lo había hecho, cómo había matado. Siempre era menester deducirlo a partir de la información recabada, de lo descubierto entre las mentiras de los sospechosos.

De esa guisa fue de un elemento a otro, considerando a cualquiera de ellos como posible autor de una canallada tan macabra, a algunos los había visitado en sus casas, a otros los hizo ir a comisaría.

No había testigos, en el edificio de Cea Bermúdez donde vivía, nadie se enteró de nada. Ni siquiera sabían que vivía ahí un tal Imagine, y llevaba tres años ocupando la vivienda. ¡Cosas que pasan en la ciudad!

Así que se dedicó a los interrogatorios de quienes iba localizando.

Una despechada, Gemma: "Le odiaba desde que una noche le esperé dos horas en un restaurante francés. Me tomé dos botellas de champagne, entonces me levanté y me fui, arrastrando la pena y el desconsuelo. Me acabé tirando a un negro. Al día siguiente me enteré de que Imagine había aprovechado para acostarse con esa mora de mierda, odiarlo era con lo menos que podía contrarrestar el plantón. No era la primera vez que me hacía algo parecido, pero a partir de entonces no quise saber nada de ese canalla. Todo el mundo comentaba cómo estaba cambiando. De haber matado a alguien, yo habría matado a la mora".

Una ávida pretendiente frustrada, Rosa. "Nunca, nunca me hizo caso, es verdad, pero mucho menos desde que se lió con la argelina. Por mucho que empleaba todo mi arte para seducirle. Es verdad que en las últimas semanas, no sé, un par de meses, o tres, es verdad, mi desesperación había crecido hasta cimas enloquecedoras, se lo podéis preguntar a mis amigos si es verdad o no, y os dirán que es verdad. Me lo quería follar a toda costa, lo reconozco, esa es la verdad; pero no había manera, ni presentándome desnuda ante él como hice una noche. Sabía que ella no estaba porque había viajado a Argelia a ver a su familia. Cuando Imagine abrió la puerta, yo tenía el vestido en los talones. Y desde luego que no tengo mal cuerpo, para nada, ¿o sí? ¿a que te parece fascinante? Puedes acariciar mis pechos si quieres, jugar con mis pezones. ¿No quieres? Bueno, me tapo, eres idiota, para una oportunidad que te ofrezco. A Imagine seguramente le asustaba mi personalidad, es posible que absorbente y manipuladora, insaciable, eso dicen. Me hizo pasar, rápido, para que no se montara un escándalo en el rellano de la escalera, con cuidado por no tocarme me subió el vestido y después de ofrecerme un vino blanco, me invitó a irme. Entonces lo amenacé de muerte. Sí, estaba desesperada y lo quería ver muerto,

esa es la verdad, pero hay otros muchos que me gustaría que no existieran. Al día siguiente, llegué a la cafetería donde a veces nos reunimos algunos amigos, agarré un cubata de ron y se lo lancé a la cara, diciéndole que pagaría muy caro el desplante, que a ella eso no se le hacía, etc. Pero ahora comprendo que no le quería muerto. Nunca. Y todo por culpa de Elia, la verdad, ella me lo sacó de la cama en la que todavía no le había metido. De lo de la religión y de esas cosas no sé nada, a mí sólo me importa el sexo."

Un amigo traicionado, Jesús. "Yo le presenté a Elia, a mí Elia me gustaba mucho, y no me di cuenta del riesgo que corría hasta que sucedió. A mí Elia nunca me hizo caso, pero a mí me gustaba y soñaba con tirármela. Yo confié en Imagine, y así me fue. ¡Hombre, yo creo que tanto como para matarlo no era la cosa! Lo que hizo fue quitarme un marrón de encima, porque esa tía, en realidad, tiene marcado en la cara peligro de incendio. Pero yo no lo veía, hasta que él me la quitó con un sólo chasquido de dedos. Somos amigos, desde hace muchos años, no soy de los que se alegran de su muerte. Pero tampoco voy a negar que no se pierde nada si ya no está. Y ella, ella estaba complicada en asuntos que no entendía. ¿Yihadista? No sé si hasta ese extremo, pero rabiosa con nuestra civilización, desde luego. Tenía amigos muy ceñudos".

Un loco, Ruperto. "A mí no me gusta Elia. Olía mal. Imagine me gustaba, hasta que se lió con esa mujer árabe. A mí los árabes no me gustan, huelen mal. No, no tengo nada que ver con la muerte de Imagine, tampoco lo conocía tanto como para matarlo. A mí las muertes no me gustan, huelen mal".

Una enferma, Benedicta. "¿Que si era su amante? No, fui su compañera, al menos durante dos o tres meses, ya hace tiempo, y seguíamos siendo buenos amigos. Pero no entendía mi enfermedad. Me hacía daño cuando hacíamos el amor, y no procuraba evitarlo. Yo creo que le gustaba, era como si me estuviera violando, y le gustaba, sí, sí, le gustaba, parece que a los hombres les gusta dañar a las mujeres, el mundo funciona así. Él apretaba más y más, con sacudidas cada vez más poderosas, y me hacía cada vez más daño. Nunca quise su muerte, pero era un mal bicho, por eso lo dejé, yo no soy de las que se

autoflagelan soportando una relación que no es gratificante. Y Elia, ahora que me lo pregunta, Elia era una puta, fue quien me lo quitó. Bueno, nos lo quitó porque Imagine tenía relación con varias a la vez. Era su manera de entender la vida".

Una rencilla de la infancia. "Le odio desde que tengo recuerdo, desde cuando un día en el recreo, acababa de llover y me empujó contra un charco. Luego me dio una patada para que me siguiera manchando. Nadie me ayudó, todo el mundo se rio de mí. Le odié entonces y lo he seguido odiando. Yo ese día estaba en otra cosa. Ya, no, no sé cuándo le mataron, pero seguro que estaba en otro sitio porque yo no lo maté. Sí, confieso que me hubiera gustado hacerlo, cada día de cada mes desde hace nada menos que dieciséis años, me hubiera gustado agarrarlo por el pescuezo y dejarlo sin oxígeno. Pero no lo hice, no tuve valor. Desde aquí doy las gracias a quien lo ha conseguido hacer. Se lo merecía, sobre todo desde que, para colmo, abrazó esa religión de gente extraña. Elia... tal para cual, ella también era mala".

Margaret, la madre inglesa de Imagine. "No tenía que haber muerto. Mi chiquitín. Elia lo había apartado de nosotros, pero nos quería, era un buen hijo. Con ella se puso raro, como violento, no se le podía hablar de religión, ni de política, ni de casi nada, enseguida se enfurecía con nosotros. Su padre... su padre estaba enfermo. Era quien me preocupaba, porque su padre no lo podía soportar. Es judío, y que su hijo se hubiera vuelto musulmán, lo llevaba mal, pero mal, mal. Y todo por esa..."

Elia, la argelina. "Desde que me enamoré de Imagine la vida se ha vuelto muy complicada, muy difícil. Abrazó el Islam. No lo hizo por mí. Lo hizo porque creyó. Le quise más. Éramos felices. Pero todos se volvieron en su contra, le hicieron el vacío, se quedó sin amigos, sin familia. Y se radicalizó, incluso más que yo. Puede que también fuera por la coca, eso nos gustaba, pero nos hizo daño, lo reconozco, se nos fue de las manos. Esa tarde yo estuve paseando. Yo no lo hice. Le quería. No, claro que no traficábamos, se lo compramos a un amigo mío, pero no os voy a dar el nombre. Esa pistola no es

mía, no sé quién la ha puesto en el cajón de mi ropa íntima. No conspirábamos. No hacíamos terrorismo, de verdad que no. Sólo nos defendíamos. Si, su padre era una mala bestia. Si me quieren detener, lo hacen, pero yo no he hecho nada.”

Llevaba cinco días investigando el entorno de Imagine. Estaba descubriendo a un tipo que era lo contrario a lo que parecía. Era un canalla que se había vuelto fanático. En esa mañana, Robledo trataba de poner orden en la información conseguida, cuando le anunciaron la presencia del padre del joven, que venía a confesar el crimen.

-No tuve más remedio.

-¿Me lo explica?

Entonces el padre de Imagine le narró que su hijo formaba parte de una trama internacional para destruir a las democracias occidentales.

-¿Está usted loco? -dijo con tono interrogativo, aunque siendo una cumplida evidencia.

-Sí, es así. A mí me costó aceptarlo, pero me convencieron las pruebas. La mora ésa tiene la culpa, lo fue metiendo poco a poco en ese mundo, según follaban como animales. Mi hijo aprendiéndose el Corán, ¿ustedes lo habrían aceptado? Se trata del enemigo de nuestra civilización, lo que viene del Oriente para arrasarlo todo, nuestras costumbres, nuestra manera de vivir, nuestras tradiciones, y nos están asaltando poco a poco, en barcazas, en columnas de a pie. No podía consentir que él fuera uno más de los que buscan pervertir nuestra pureza de sangre.

Robledo comprendió el carácter de las palabras de Antonio. Canalizó la locura hacia el hombre que tenía delante, temblando, sin ser capaz de aguantar su mirada, atenazado por el miedo pero, sobre todo, por la culpa. También el dolor. El dolor, el miedo y la culpa de haber matado a su propio hijo. Pero

igualmente una íntima satisfacción por el deber cumplido, aún mayor cuando el dolor que provocaba era inmenso.

-Elia le cameló para introducirle de cabeza en el yihadismo, en su ambiente.

-Eso no es un delito.

-A no ser que te vuelvas uno de ellos, que quieras sumarte a la lucha a muerte al infiel.

-Claro.

-Pues eso hizo. Le bastaron seis meses de aprendizaje. Yo le veía metamorfosearse con vértigo en otra persona. Llegó a no querernos, a no querer saber de nuestras vidas, de nuestros consejos. Entonces aparecieron aquellos miembros del Servicio de Seguridad.

-¿Servicio de Seguridad?

-Si, los de la lucha antiterrorista. Me explicaron la situación. Confirmaron lo que pasaba, y me propusieron un plan para pararlo o, en su defecto, detenerlo.

-¿Y entonces?

-Yo no pude hacerlo. No soportaba la idea de verlo preso. Por eso lo maté.

El caso quedó zanjado al firmar Antonio su declaración, autoinculpándose.

Se hicieron más investigaciones complementarias, y todo quedó confirmado. Efectivamente, el director de la guardia civil explicó a los medios que Imagine formaba parte de una célula yihadista, cuyos otros tres miembros fueron detenidos en los siguientes días. Elia también pasó a la cárcel, según el mismo portavoz, ella era el contacto con el ISIS, o con el DAESH, nunca lo

supieron con certeza. Encontraron pruebas de que preparaban un inminente atentado en la Puerta del Sol, que se logró evitar.

El inspector Robledo no llegó a saber que existieron irregularidades en las detenciones y que se habían falseado las pruebas. En las guerras, los dos bandos alteran la verdad y lo pagan inocentes, en aras a la victoria final. Y lo único que trascendió fue que un padre mató a su hijo por descubrirle en manos de los otros, de los fanáticos, antes de que pudiera hacer algún daño irreparable.

La madre inglesa de Imagine limpió todo reseco rastro de sangre de su hijo, las manchas enormes en la ropa de cama. La madre lo lloró largo tiempo, sin ser capaz de comprender porqué se había quedado sola.